

Dos viajes

SILVIA SZTEINBERG

Mi perfecta sinfonía con Mishima

Estudiando Introducción a la Literatura, me encontré de pronto con la "sinfonía", esa palabra tan hermosa que designa el instante mágico en que el escritor y su lector se encuentran y vibran al unísono; tal como Miguel Ángel engarzó en la Sixtina el sublime punto de encuentro entre los índices de Dios y Adán, esa imagen tan vulgarizada después por la publicidad.

Cuando leí acerca de la sinfonía, recordé instantáneamente un episodio que viví hace algunos años, mientras estaba de vacaciones en la playa. Compré un libro de Yukio Mishima llamado *Muerte en el estío* (lo compré de esa manera compulsiva en que a veces compramos libros). De Mishima sabía muy poco: detalles de su exótica vida y de su exótica muerte; había leído antes *El pabellón de oro*, que no me había interesado mayormente. ¿Por qué entonces tanta atracción por *ese* libro...o por *ese* título? (Nada es casual, claro, Sigmund.)

Estábamos en el estío, pero... ¿la muerte? Era un libro de cuentos y el primero se llamaba así. Un relato sencillo: una joven madre pierde a su hijo que muere ahogado jugando

en el mar. Después venía la parte que Mishima había escrito para mí: la desesperación, la angustia y el terror, el infinito dolor de lo no previsto ni imaginado, mezclados con el impiadoso azul del cielo, el impiadoso azul del mar, la insoportable sensación de la vida fresca y alegre que sigue transcurriendo a nuestro alrededor. La muerte no debe llegar en verano y a mí se me había presentado dos veces —en dos tórridos e insoportables veranos porteños— de forma brusca e inesperada, más o menos como al niño del cuento, aunque hacía ya mucho tiempo, tanto que pude creer que la compra del libro había sido casual. Mientras terminaba de leer el cuento en la playa, durante una fracción de tiempo —¿o de espacio?— sentí que la vida quedaba en suspenso; no oía ya los gritos de los niños, ni propios ni ajenos, ni las conversaciones banales de mis vecinos, ni siquiera a John Lennon cantando "Imagine". En esa infinita fracción sentí el índice de Mishima tocando el mío. Volví a sentir el calor de aquellos eneros, la violencia del sol porteño, el insoportable azul del cielo, la insoportable claridad del aire, la transparencia de las noches, en las que uno sabe que el sol no se va del todo, la risa fresca de la gente que no sufre y sin quererlo ahonda tu dolor.

Mishima había escrito esto hacía quizás treinta años, él, un hombre japonés, homosexual, obsesionado por los ritos y la muerte, un creador

talentoso que había decidido suicidarse en una ceremonia casi pública, siguiendo un rito más complejo y más sangriento que el hara kiri, porque consideraba que los antiguos valores japoneses se estaban dejando de lado. ¿Qué podía unirme a él? Nada, absolutamente, nada. Yo, una mujer latina, heterosexual, incapaz de pensar en el suicidio —o por lo menos en ese tipo de suicidio—, despreocupada del cumplimiento de ritos de cualquier tipo, con otra religión, otra raza, otro idioma, otras costumbres, otra concepción de la vida desde el nacimiento...

Nada..._y todo. En ese mágico instante, a través del espacio y del tiempo, él muerto, yo viva y deseando desesperadamente vivir para siempre, en ese instante estuvimos unidos.

Y compartimos esta idea primordial: la muerte no debe merodear el estío.



Mi Versalles

De todos mis recuerdos de una luna de miel europea de veintiocho días, del tipo si es martes es Bélgica, en un invierno brutal (turistas pobres, temporada baja), sobrevive cada día con mayor intensidad, la breve (brevísima) visita a Versalles. Quizás porque lo que tiene acento francés me parece sublime, quizás por el derroche ostentoso de belleza, pero sobre todo, por lo fantástico que me tocó en suerte.

Frío brutal, seguro, pero además una niebla muy densa. Todo estaba envuelto en algodones: las descomunales rejas de puntas doradas, lamole del palacio, la inmensa fuente central (un espejo congelado del que emergían las cabezas furiosas de cuatro caballos bronceos partiendo el cristal en finas telarañas), todo. La orden del guía fue breve: "Tenéis cinco minutos para pasear por los jardines". Era el tipo de orden habitual: "tenéis cinco minutos para recorrer por fuera la Notre Dame", "tenéis dos minutos para mirar o sacar fotos a la Eiffel esta" y así.

En realidad poco se veía del parque. Los demás compatriotas se

dedicaron a comprar postales y recuerdos varios (no había videos en esa época). Nosotros (ser jóvenes, ser dos) comenzamos a recorrer el camino principal que empieza detrás de la fuente: todo piedritas rojas, dos hileras de altísimos árboles que nos custodiaban, las copas increíblemente verdes, devoradas por la niebla. Las piedritas crujían (zapatones para nieve), el viento helado pegaba y las muselinas nos envolvían e incluso danzaban frente a nuestros ojos. (Hablar, imposible, a riesgo de congelarse las encías.)

Caminamos cinco o seis minutos y el camino no tenía fin, o mas bien el fin estaba tragado por el algodón. Cuando nos dimos vuelta, el palacio era casi imposible de distinguir. El abismo blanco por delante y por detrás. Las gasas, las muselinas, un tintineo metálico, el soplo susurrante del viento, una carcajada contenida, pasos sobre las piedritas, un rumor de sedas, un murmullo, un suave batir de palmas...

Me paré aterrorizada, y apenas alcancé a decir "Vámonos" porque sabía que en cualquier momento iba

a salir, de entre los árboles, María Antonieta, con la cabeza erguida, rodeada por sus admiradores, abanicándose aun con este frío, con sus bucles empolvados y sus lunares de artificio.

Empezamos a correr, sin hablar, sin mirar para atrás. Cuando llegamos a la fuente, el guía nos reprochó: "Os retrasasteis", y mientras entrábamos al palacio las charlas de los demás ("cuando volvamos tenemos que ir a comprar perfumes, si no para qué vinimos a París" o "mañana nos despiertan a las siete para ir al Louvre... yo, la verdad, si sigo viendo pinturas y museos voy a terminar vomitando"), todo este palabrerío tuvo un doble efecto sobre mí: por un lado me devolvió bruscamente a la realidad (cuánto los odié) y por otro, me quitó el terror en unos segundos (cuánto los odié).

Ese fue mi Versalles. Todo lo demás, el lujo impresionante que hizo rodar cabezas, la apabullante belleza, con Galería de los Espejos incluida, todo estaba dentro de lo previsible. María Antonieta, no.